

JUAN JOSÉ REVENGA

# MUERTE EN MEDELLÍN

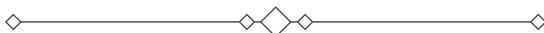


UNA HISTORIA REAL  
DE MENTIRAS FINANCIERAS,  
ACCIÓN, MAGIA Y CAOS

Luciérnaga

JUAN JOSÉ REVENGA

# MUERTE EN MEDELLÍN



UNA HISTORIA REAL DE  
MENTIRAS FINANCIERAS,  
ACCIÓN, MAGIA Y CAOS



Ediciones  
Luciérnaga

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© del texto: Juan José Revenga, 2020

© de la foto de cubierta: Shutterstock\_746096170.jpg / R Mendoza / Shutterstock

Diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño

Primera edición: mayo de 2021

© Edicions 62, S. A. 2021  
Ediciones Luciérnaga  
Av. Diagonal, 662-664  
08034 Barcelona  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

ISBN: 978-84-18015-66-3

Depósito legal: B. 1.749-2021

Impreso en España – *Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

## SUMARIO

<i>Prólogo</i> .....	11
Donde empezó todo .....	15
1. Paraíso en Tijuana .....	19
2. Reunión en Londres .....	29
3. Siempre nos quedará Casablanca .....	63
4. El increíble Geco .....	77
5. El negocio de la inmigración .....	107
6. Medellín, en la boca del lobo .....	123
7. Leónidas Vargas <i>el rey del Caquetá</i> .....	165
8. Miami y el negocio de las obras de arte .....	171
9. Comienza el baile en Brasil. ....	205
10. Desde Singapur sin rencor .....	235
11. Colombia, regreso al infierno .....	285
12. Una boda y cuatro funerales. ....	319

## DONDE EMPEZÓ TODO

Arrancaremos esta narración desde el final de *La última bala*, libro en el que se contaba quién era Richard Corbin: el hijo de un agente del MI6 (el servicio secreto británico) afincado en la Marbella de traficantes como Addam Kasougi. Allí nació Richard y, a la muerte prematura de su padre, sin saber nunca cómo esta ocurrió, terminó en uno de los mejores internados de Inglaterra y trabajó como periodista en los principales conflictos bélicos de finales del siglo pasado. Esto pudo ser bueno o malo, puesto que allí conoces a todo el mundo: traficantes, mafiosos, políticos y presidentes corruptos, etc.; ahí puedes elegir entre dos caminos: caer en la vida de desenfreno y adrenalina, que no tardan en ofrecerte, o continuar trabajando para un periódico que cada vez te paga menos y exige más rapidez en la entrega de las noticias. Con la llegada de internet, ya no valía un reportaje como los de antes, que te ibas al Cáucaso y después de dos semanas enviabas una crónica, magnífica por supuesto, después de haber estado infiltrado con las tropas en el frente. Ahora, este tipo de trabajo ya no es válido: hay que llegar y transmitir rápidamente, y esta inmediatez y falta de rigor que acaba primando es lo que había empezado a cansar a Corbin. Así que, tras un cúmulo de oportunidades, un día conoció en la Armenia soviética a Jack, un aprendiz de traficante de armas, que le dio hasta pena.

Aquel fue el detonante de su nueva vida. Jack estaba como pez fuera del agua en aquel lugar y Richard se ofreció a sacarle de aquel maremágnun de bombas y explosiones que les rodea-

ba, y Jack le entregó los documentos que tenían que firmarle en el Parlamento armenio. Jack salió de allí como alma que lleva el diablo, dejando una dirección en Regents Street, en Londres, donde debía entregar dichos documentos firmados.

Corbin sabía que si no entregaba esos documentos en el tiempo acordado no tendría lugar donde esconderse. Fue su pistoletazo de salida. A la semana siguiente conoció a Lawrence, el encargado de regentar la mayor representación de venta de armas (y de todo lo que tuviese valor y fuera ilegal para los gobiernos de todo el mundo). Aquella primera noche, Lawrence y Corbin no tardaron en entablar amistad en los peores clubs de alterne del Soho londinense (que ya no son, ni por asomo, lo que eran), y el cheque que le pasó Lawrence en su reunión dispuso todas las dudas de Richard de entrar en el negocio. Un negocio que había visto muchas veces en los conflictos bélicos, pero que, en la mayoría de las ocasiones, no podía contar la realidad: o se lo censuraba el medio de comunicación para el que estuviera trabajando en ese momento, o el ejército invasor le cortaba las comunicaciones si no era de su agrado. No olvidemos lo que muy poca gente sabe: en un conflicto bélico no puedes llevar un teléfono satélite, tienes a todo el ejército, agresor o agredido, detrás en cuanto detectan la frecuencia. Estamos en un mundo en el que la información viaja muy rápido gracias a internet, pero la veracidad cada vez es menor, lo único que interesa es la rapidez y tener contentos a los gobiernos que financian y controlan los medios de información. Eso son las democracias actuales, un cubo de basura y de corruptos.

Richard vivió en Rusia del año 90 al 93 del siglo pasado, justo con el cambio y la Perestroika, la apertura y la Glásnost (la transparencia). Después de sentir en carne propia aquello, se dio cuenta de que el comunismo era aún peor. Montones de amigos suyos ultraizquierdistas, que fueron a la Unión Soviética a vivir como si aquello fuera el paradigma de la felicidad, no tardaron en darse cuenta de que aquello no era más que mierda. Un país superrico donde los políticos y los militares vivían a cuerpo de rey y, el pueblo, con las migajas que les daban; no tenían nada más, solo una subsistencia pagada por el estado. Esta «paguita» que querían imponer todos los izquierdistas del mundo para te-

ner millones de votos cautivos es el sistema del siglo XXI, y ya vemos el éxito de los países donde se ha aplicado esta teoría: un caos sociopolítico y económico, simplemente porque no dan abasto a robar los políticos.

Lawrence se convirtió en uno de sus mejores amigos. Durante muchos años trabajaron juntos. Richard realizó operaciones por todo el mundo y siempre cumplió, a costa de que, en muchas ocasiones, casi le costara la vida. Pero eso era lo que se esperaba de él. Emboscadas en la guerra de Yugoslavia, preso en cárceles marroquíes, o a punto de ser fusilado en Panamá o Colombia, eran algunas de las anécdotas que siempre contaba. La verdad es que nunca sintió miedo a que todo terminase; aunque el miedo real pasó muchas veces por su vida y fue lo que le mantuvo vivo; era como si la película de una vida llena de sobresaltos se terminara. Pero, sobre todo, había sido una vida plena en todos los sentidos, y una frase lapidaria que solía utilizar cuando hablaba con alguien que no sabía de qué iba esto que llaman vida era que: «el último talón que des en tu vida, que sea sin fondos; será la señal de que has vivido». Una frase de Borges, pero que utilizaba continuamente Richard, haciéndosela como su religión, y así fue hasta que llegó un último trabajo que, sin él esperar, sería especial y cambiaría su vida.

Hace años pensaba que el último trabajo sería el último que haría pero el dinero, igual de fácil que entraba, salía, así como las cicatrices, enfermedades tropicales y los tres disparos que llevaba en el cuerpo empezaban a pasar factura. Pero llegó aquel trabajo con los narcos mexicanos que no podía rechazar y que daría otro rumbo o un fin a su vida para siempre, o al menos eso pensaba...

Tuvo que trabajar y sufrir lo indecible viajando alrededor del mundo para conseguir bancarizar y blanquear cinco mil millones de dólares (sí, cinco mil millones de dólares, y esa cantidad no es ninguna locura, como veremos) a nombre de un traficante que se quería retirar. Aquella operación casi le costó la vida gracias a un disparo en el costado; uno más que añadir a su colección. Pero en esta operación también conoció a alguien que iba a cambiar su forma de pensar sobre los seres humanos, y sobre todo le haría aflorar sentimientos que nunca había tenido.

Mercedes era la mujer de Florito, el mayor distribuidor de cocaína en Chicago, que es como decir el mayor distribuidor de todo Estados Unidos. Mercedes le facilitó a Richard los números y las claves de las cuentas de su cliente, Don Julio, un acto que casi la cuesta la vida, tras la paliza recibida a manos de Apolo, el hermano de Florito, y un accidente de coche provocado, que la tuvo entre la vida y la muerte durante muchos meses de recuperación y rehabilitación. Pero, al menos, Florito la dio por muerta. Richard se encargó de filtrar unas grabaciones a la CIA para poder meter entre rejas a Apolo, y cuando finalmente terminó el trabajo, con más de cien millones de dólares en su cuenta, viajó a Chihuahua a buscar a Mercedes. Sabía que esa mujer tenía algo diferente, quizá que era la única que le había querido en su vida.

Este fue el final del libro *La última bala*, y que continúa aquí con muchos de sus personajes que vuelven a la vida de Richard. Pero no olvidemos nunca que, en esta obra, la realidad siempre supera a la ficción, y que lo que estáis a punto de leer, por duro o increíble que parezca, será tan real y tan extremo como la vida misma.

## PARAÍSO EN TIJUANA

En esta hacienda en las afueras de Tijuana el sol se ocultaba por el horizonte creando un espectáculo de luz increíble, como siempre. El atardecer había sorprendido a nuestro protagonista, Richard Corbin, ajustando las válvulas de una de las Harleys Flathead WL de 1944 que tenía en su colección. La vida había cambiado mucho para él desde la última operación con Don Julio, y le había dado la solvencia económica suficiente para vivir siete vidas sin preocuparse por el dinero. Esa solvencia que cualquiera a su edad, ya superada la cincuentena, buscaría para quedarse en ese nivel de vida y no se le pasaría por la cabeza complicarse más una vez conseguido. Richard era feliz entre sus motos viejas, sobre todo cuando empujaba el pedal de arranque y escuchaba ese ronroneo que parecía saludarle, saliendo de un motor con más de setenta años desde que vio la luz por primera vez en la fábrica de Milwaukee. Richard se había subido a la moto, con un cambio llamado suicida, con el embrague al pie izquierdo y cambio en el depósito. A él no le gustaba ese embrague que se queda pillado y parece el de una *scooter* que se va soltando al acelerar. Este embrague de hombres, si pisabas había embrague y control de la transmisión y si no, podías darte por perdido, el descontrol de la moto estaba asegurado. Por su cabeza pasaban las mil peripecias y recuerdos de una vida que no había tenido desperdicio. Ahora vivía en su propia hacienda rodeado de sus motos, sus armas y, lo principal, con Mercedes, la exmujer de Florito, el capo de la

droga mexicana en Chicago, que a punto estuvo de mandarlos al otro mundo a los dos.

El viento y el polvo parecían seguir la rumorosa moto al avanzar camino desde su taller, donde tenía las motos terminadas; una especie de nave iluminada y decorada con mil objetos de Harley Davidson junto a la casa principal.

Cuando dejó la moto, vio la silueta de Mercedes esperándole en el porche de la casa, lo cual no le extrañó, pues lo hacía todos los días; parecía esperar que algún día no volviese del taller. Lo que sí le extrañó fue el semblante serio que tenía en su cara, una mujer que era todo sonrisas y dulzura desde que estaban viviendo allí, apartados del mundo. Al menos hasta ese momento.

Richard subió rápido la escalera y preguntó:

—¿Pasa algo?

Mercedes, sin mediar más palabra y sin cambiar su expresión, le dijo con una voz que parecía que le costaba salir de su boca:

—Han llamado de París.

Corbin sabía, al igual que Mercedes, lo que significaba esto. Richard tenía un apartado de correos, de los pocos que quedan en París, donde le entregaban la documentación para los trabajos y encargos, y cuando llegaba alguna carta, el diligente funcionario le avisaba por teléfono. Ciertamente le costaba mantener esto más que una oficina privada, pero no había querido cerrar aquel apartado intencionadamente porque, a sabiendas de que se estaba prometiendo retirarse, en su subconsciente no quería admitirlo. Sí, era feliz con Mercedes en aquel idílico paraíso, ¿por qué no había roto aquel cordón umbilical que le unía al mundo y a una vida que teóricamente había dejado? Nunca supo por qué.

Eso lo sabía su mujer. Sabía que él nunca dejaría este trabajo, era su vida; pero cuando llega el momento, duele.

Richard entró en casa mientras acariciaba levemente el hombro de Mercedes, como disculpándose de antemano por la decisión que podría tomar.

Richard llamó a París y preguntó por el funcionario que tenía comprado. Inmediatamente, se puso al teléfono y saludó con devoción:

—Monsieur, tiene usted una carta de España con varios documentos.

—Por favor, ábrala y dígame qué hay —le espetó Richard con ansiedad.

—Son unos documentos y un billete electrónico de avión a Londres.

—¿Quién firma la carta y para cuándo es el vuelo? —preguntó Richard con los ojos ya inyectados en la adrenalina que hacía tiempo que no sentía recorriendo su cuerpo.

—Lo firma un tal Armand y pone que le espera dentro de siete días para una reunión en el hotel Royal Café de Londres, y un bono de alojamiento abierto a su nombre.

—Perfecto, Françoise —le contestó Corbin—. Mándame una foto del vuelo y del bono —le dijo mientras colgaba el teléfono agradeciéndole su atención.

Empezó a recapitular: Armand era un financiero muy importante casi retirado que vivía en el levante español. Este tipo manejaba fortunas virtuales y le había conocido a través de un gran amigo y también financiero, Charles.

Lo que le extrañaba es que Charles no le hubiese llamado antes; él era de los pocos amigos que tenía su teléfono y que sabía dónde encontrarlo.

Pero no le dio tiempo a seguir pensando o elucubrando con este trabajo: al volverse vio la cara de Mercedes, que era lo más parecido a la expresión que se te queda en el rostro después de terminar de ver un drama shakespeariano. Las lágrimas caían de sus mejillas, aunque él veía que se las estaba intentando tragar con todas sus fuerzas.

Richard se acercó a ella y le acarició la cara; solo ellos sabían lo que significaba eso. Así se conocieron en Chicago, y todo lo que pasaron hasta llegar a estar juntos fue terrible: situaciones y problemas que cualquier otra persona normal no habría tenido ni en diez vidas, ellos los habían pasado en menos de tres años. Mercedes aún guardaba secuelas de aquel accidente en el que la intentaron matar los secuaces de Florito en Estados Unidos, por

haber ayudado a Richard con aquellas claves de cuentas bancarias que había robado para él. Lo que no sabía Richard, y tardó en darse cuenta, es que aquella mujer habría dado la vida por él en aquel momento, y siempre. Había tardado, pero se había dado cuenta de que esa mujer le quería de verdad.

No cruzaron ni una palabra, solo se miraron; esas miradas que los dos conocían tan bien y que no necesitaban palabras; miradas de complicidad, de conocerse el uno al otro como si hubiesen crecido juntos. Aunque ella era mucho más joven que él, le entendía. Había pasado de ser la contable de Florito a ser la esposa obligada del mismo. Según decía el traficante, era la única de la que se podía fiar, pero la presionó para firmar todo tipo de documentos y ser el testaferro de sus cuentas bancarias y chanchullos mafiosos, a cambio de mantener con vida al padre de Mercedes, que era uno de sus sicarios. Hasta que, cuando consiguió lo que buscaba, mandó ejecutar al padre de la manera más rastrera, para que ella no tuviese vínculos familiares con nadie, algo que Mercedes nunca le perdonó y por lo que quiso buscar venganza.

En aquel minuto de silencio, en el que se podía cortar el aire, no dijeron nada, simplemente se miraron a los ojos, hasta que Mercedes rompió el hielo:

—¿Te vas a trabajar otra vez? Si no nos hace falta —dijo, peleano las palabras con las lágrimas para poder salir de su boca.

Corbin, por primera en su vida, tuvo nuevamente sentimientos que solo había vivido con Mercedes. Titubeó, como pocas veces había hecho en su vida, y le jodió. Ella era una mujer que le hacía feliz, no necesitaban nada y podían vivir en su propio paraíso sin ningún problema. ¿Estaba loco? Esto es lo que pensaría cualquier persona con sentido común. El problema era que, efectivamente, Richard estaba loco: loco por su trabajo, con sus miedos y alegrías, con sus tensiones y apocalípticos finales, que le podían llevar a la gloria o al cementerio, y Mercedes lo sabía desde el día en que le conoció. Sabía que era la mejor persona del mundo, pero que metido en berenjenales como le había visto era muy difícil pararle; le encantaba ese submundo patibulario en el que se movía.

—Ya lo sabes —contestó Richard—. Aquí soy feliz, pero me falta lo que me mantiene vivo, la ilusión, el sentir miedo de verdad. Casi nunca he trabajado por dinero. Siempre que aceptaba una nueva operación, todavía vivía de las rentas de la anterior. Pero había algo que necesitaba saber, quizá la curiosidad de saber cómo podía terminar aquello, y ahora mismo me mata la curiosidad por saber qué quiere Armand. Intuyo que será algo brutal, si no no me buscaría a mí, y eso es lo que me mantiene vivo, el volver a la acción. Llevo ya tres tiros dentro, y de verdad prefiero morir por el cuarto tiro que pasar mis últimos días pensando qué sería de mí si no hubiese aceptado el trabajo.

Ella le miró. Le conocía muy bien y siempre había pensado que si Richard era feliz sin ella, si la dejaba, no le importaría, porque solo pensaba en lo mejor para él. También era el único hombre que le había importado de verdad en su vida y estaba dispuesta a cualquier sacrificio por él, y se lo había demostrado.

—Sé que vas a ir a la reunión de Londres —afirmó Mercedes—. Y doy por sentado que aceptarás el trabajo. Te conozco y esa chispa que tienes ahora en los ojos hace mucho tiempo que no te la veía. Cualquier ser humano de tu edad y con tu dinero se retiraría con alguien que le quisiera de verdad. Pero sé que tú no puedes, en lugar de actuar como un jubilado tienes que ir a correr bajo los tiros, de los buenos y los malos, te da igual. Me sorprendiste cuando estaba en plena rehabilitación de mi intento de asesinato, en Chihuahua. Viniste a buscarme en los peores momentos de mi vida. Sé que no podemos vivir separados, pero contigo, si te corto las alas, serás infeliz y eso nunca lo he querido; quiero que disfrutes. Pero, por favor, vuelve y, si te plantean una locura como la de Don Julio, no la aceptes, aunque basta que te diga esto para que, sin dudarle, le digas que sí a Armand. Incluso no le darás tiempo a contarte de qué va la operación para aceptarla.

Richard no le contestó, simplemente la miró y esbozó media sonrisa que ella conocía; esa sonrisa de niño pillo y canalla que la encandiló, pero que sabía que era el arma principal de Richard.

Si le explicaba sus motivos, le convencería, pero por encima de todo, ella quería que fuese feliz y se quedó en silencio.

Aquellos días hasta la partida de Corbin fueron de felicidad extrema. Ninguno de los dos hablaba del tema y solo se dedicaron a disfrutar el uno del otro; los dos sabían que podían ser los últimos momentos juntos. Ya lo explicaba Corbin en *La última bala*: cuando entras en este negocio, ya sabes que en ese mismo momento hay una bala que lleva tu nombre; tu trabajo es que esa bala tarde lo más posible en entrar en la recámara de un arma que te esté apuntando.

Por fin, llegó el día de preparar las maletas. Richard abrió el armario y allí estaba su colección de M-65, la chaqueta militar que le había acompañado por medio mundo, con cuatro bolsillos y uno interior que siempre cosía para llevar la documentación importante. Le estaba un poco grande, ya que con la vida de tranquilidad que llevaba en la hacienda había perdido peso, lejos de los desenfrenos posteriores a un día de trabajo, que podían terminar en la cárcel, en el cementerio o en el puticlub más cercano. Había tenido que renovar muchos M-65 a lo largo de su vida por tener que salir corriendo de hoteles, dejando atrás todas sus pertenencias cuando estaban a punto de acribillarle, o los había destrozado al revolcarse en cualquier reyerta o trinchera del mundo. Habían pasado más de cuarenta años desde que compró el primero y nunca lo había cambiado por otra prenda. Era como su mono de trabajo, y cuando abrió el armario, se le iluminaron los ojos: volvía a la vida.

Preparó una pequeña bolsa a prueba de agua de 30 l de capacidad con lo más indispensable. Para su trabajo solo necesitaba pantalones tácticos con bolsillos, camisas tácticas con charreteras y calzado de intervención cómodo, pero con suela que le permitiera correr por las calles, y unas botas de *gore tex* por si lo complicado tenía lugar en mitad de la jungla; como siempre, todo de la marca 5.11, la que más seguridad le daba, la más cara, pero la que sabía que nunca le daría problemas, hiciese el tiempo que hiciese o le dieran con lo que le dieran. Lo que cada vez era más difícil era transportar armas en los aviones, pero gracias a su larga vida de nómada conocía a lo mejor y peor de cada país

para que le facilitaran su arma favorita, la Glock 26 o la 19, ambas de 9 Parabellum que, para él, era lo mejor que se había inventado. Aunque le encantaba la Colt 1911 del 45, que le parecía espectacular, sobre todo su masa y potencia de disparo, con una suavidad extrema, pero solo cargaba siete balas y eso, en un tiroteo, no es lo mejor, es un gran handicap, si tenemos en cuenta que cualquier Glock puede soportar el cargador de 33 disparos. Aunque la Colt no le gustaba como arma para las refriegas, en su colección tenía varias que habían estado en la Segunda Guerra Mundial.

Ya en la puerta, al final de la escalera, con el M-65 puesto y la bolsa en la mano, le esperaba el guardián de la finca para llevarle al aeropuerto, y junto a él estaba Mercedes. Simplemente le miró y le susurró al oído: «No te vayas, canalla», mientras le agarraba de la mano y, como en su primer encuentro, la dejó caer suavemente mientras se alejaba. Los dos se iban a separarse nuevamente, pero Richard pensaba volver. De momento, hasta la fecha, siempre regresaba; más o menos maltrecho, pero regresaba.

Levantando una leve polvareda, el coche se alejó de la casa mientras Mercedes, de nuevo apoyada en el porche, veía como se marchaba Richard. La vez anterior fue en Chicago y en aquella ocasión dudó mucho volver a verle. Richard sería un canalla, como ella decía, pero tenía honor y palabra, y los anteponía muchas veces a la razón, lo que le había creado muchos problemas.

Cuando el coche llegaba a la pista que salía de la hacienda, Richard pensó en la definición de canalla, la última palabra que le había dicho Mercedes, una definición que muchas veces él había explicado: «Canalla es aquel que se revuelca en la mierda, consigue salir y vuelve a meterse en la mierda. Si eso es ser canalla, sí, soy un canalla». Mercedes no era tonta y sabía por qué se lo decía.

Tras más de una hora de camino, al fin llegaron al bullicioso aeropuerto de Tijuana. Esta ciudad es la más próxima a Gringolandia: aquí tienes la valla y al otro lado el supuesto paraíso. Una

valla que llega al mar y continúa más allá, como las más de diez mil cruces que hay colgando a este lado del muro, en recuerdo a los que murieron intentando dar el salto a la prosperidad. Sin embargo, a menudo dicha prosperidad iba unida a la delincuencia: así funciona el mundo y Corbin bien lo sabía de sus tiempos de infiltrado y de cuando había trabajado para los grandes cárteles de la droga. Había conocido a todos los grandes y es de los pocos que había sobrevivido. Su manera de actuar era pensar siempre que el animal que tenía enfrente, aunque no supiera escribir, era dios, pues le podía dar o quitar la vida de inmediato. Con esa mano izquierda sobrevivió Richard a esos momentos de auge y caída de los mayores cárteles del narcotráfico, saliendo muchas veces por los pelos de las emboscadas. Pero si quieres un negocio en el que te paguen en efectivo, este es el único que existe: proveer de armas a los señores de la guerra.

Estas calles de camino al aeropuerto le traen muchos recuerdos a Corbin; los locales de narcocorridos siempre le han encantado. Allí es donde se alaban las fechorías de los grandes delinquentes con canciones, en un ambiente que, entre el tequila, la cerveza y la música, te pueden hacer sentir sensaciones irrepetibles, ¿o será que todos los lugares patibularios le encantan a Corbin, y el problema es él? Más de una vez lo había pensado.

En el aeropuerto se despidió de su chófer que, por experiencia propia, manejaba un Chevy Suburban, puesto que su azarosa vida le había enseñado que era el mejor vehículo que se puede comprar en México. Sirve para ir por el campo y puede saltar cualquier barricada en la carretera, aunque en este caso, el vehículo va más pesado porque Richard lo había comprado blindado, lo que supone mil kilos más de peso en la camioneta. A Richard le habían disparado muchas veces en un Chevy de este tipo, y sabía lo que pasaba tras un tiroteo de quinientos tiros por minuto: o morías o tenías un ataúd blindado como protección.

Richard comprobó los billetes que le habían enviado y no pudo evitar dibujar una leve sonrisa: el vuelo era Ciudad de México-Londres en primera clase. No cabía duda de que su amigo Char-

les estaba detrás de esto: solo él sabía que vivía en México. Aún le asaltaba la duda de por qué no le había llamado él. Esperaba que no hubiera gato encerrado y que detrás de esta reunión no estuvieran los Flores de Chicago tendiéndole una trampa. Estaba empezando a pensar como en un operativo, en el cual nunca te puedes relajar y siempre tienes que localizar todas las salidas antes de entrar en cualquier sitio. Volvió a sonreír al pensar que debería estar jubilado en vez de nuevamente en acción. Y, lo peor de todo, era que se sentía realmente bien.